

PRIMERA PARTE DEL LIBRO II  
EL DESARROLLO ORIGINARIO DEL EGOÍSMO  
ORIGEN DE LA LÓGICA

CAPITULO VII  
INDIVIDUO Y EXPERIENCIA

§ 24.—El individuo en el medio.

El sér vivo ocupa una parte limitada del espacio, parte limitada que se deforma y desplaza á cada momento con relación á los objetos circundantes; ocurren sin cesar, en esta porción particular del mundo, fenómenos complejos y variados que se llaman generalmente fenómenos de la vida del ser que estudiamos, aunque muchos de ellos no tengan en realidad relación alguna con el sostenimiento de lo que se debe llamar, propiamente hablando, la *vida*, es decir, la renovación del medio interior y la asimilación al nivel de los elementos histológicos. Pero como el *individuo* está limitado en el mundo, el espacio que ocupa en un momento dado, es, en

ese momento, un sitio privilegiado desde cierto punto de vista.

Un gran número de movimientos materiales de órdenes diversos se producen en el individuo, y son, con exclusión de todos los demás movimientos del mundo, objeto de una síntesis actual que puede ser considerada, en cada momento, como la descripción minuciosa en cierto lenguaje de todos estos movimientos materiales. Esta síntesis actual se llama la conciencia, y está limitada á fenómenos que ocurren en el individuo y de este modo separa á éste del resto del mundo constituyendo el *yo*.

El *yo* varía á cada instante con las deformaciones y los desplazamientos del individuo; pero si está claramente *limitado* en el espacio, no está por eso *aislado*; los fenómenos que ocurren en su interior son la continuación de otros fenómenos que le son exteriores, lo mismo que la llama de una bujía está en continuidad con el medio en el cual arde y con el cual mantiene cambios físicos (radiaciones) y químicos (alimentación, productos de la combustión). Y lo mismo que á cada instante lo que ocurre en la llama de una bujía depende de lo que en el instante inmediatamente anterior ocurría en ella y alrededor de ella, del mismo modo los acontecimientos que se cumplen en el individuo están bajo la dependencia inmediata de ciertos fenómenos exteriores.

Si, pues, las conciencias sucesivas de un indi-

viduo fueran consignadas en alguna parte, aunque cada una de ellas esté exactamente limitada al espacio que en cada instante ocupe el propio individuo, esta serie de descripciones minuciosas, que contienen elementos que están en relación con los estados sucesivos del mundo ambiente, permitirían reconstituir parcialmente ciertos acontecimientos que han tenido su origen fuera del individuo. Cierta *conocimiento* de la historia del mundo exterior resultaría de la consideración de estas conciencias; pero precisamente cada uno de los estados actuales cuya síntesis constituye el yo, contiene cierto número de elementos de las descripciones precedentes; esta particularidad, que se llama *memoria*, y gracias á la cual, la descripción actual de los fenómenos del individuo se compone, no de los elementos actuales y extemporáneos, sino de la historia más ó menos extensa de las variaciones de estos elementos; la memoria, repito, hace que el individuo, conociendo un período de su propia historia, conozca secundariamente una parte de los acontecimientos que le son exteriores. Se dice que de estos acontecimientos exteriores conoce aquéllos que han repercutido sobre su actividad propia; pero esto no impide que su conocimiento sea limitado á su propio individuo; *el individuo es para sí mismo todo el universo*.

Las relaciones del individuo con el ambiente se componen de cambios físicos y químicos;

algunos de los cambios químicos tienen por resultado directo la conservación de la vida (alimentación, excreción); los otros cambios, si no son todos inmediatamente indispensables, lo llegan á ser hasta cierto punto en el sentido de que el *conocimiento* que dan al individuo del mundo exterior le permite proveer á los cambios alimenticios de que ha menester para no morir.

Se da el nombre de funciones de relación á la realización de los cambios que, aparte de todo valor económico inmediato, informan al individuo acerca de su medio.

Se extiende también esta expresión de funciones de relación á la realización de los movimientos de los que resultan las deformaciones y desplazamientos del individuo; estas deformaciones y estos desplazamientos son indispensables en muchos casos á la alimentación; las deformaciones son conocidas directamente por el ser vivo con más ó menos perfección (sentido de las actitudes); los desplazamientos no son conocidos sino indirectamente, puesto que su conocimiento implica el del medio en el cual se producen; si no hubiera este conocimiento del medio, la palabra *desplazamiento* no tendría sentido alguno para el individuo, que no tiene conocimiento directo sino de lo que ocurre en los límites de su ser; no hay desplazamiento sino con relación á alguna cosa.

Las funciones de relación, en este sentido ex-

tenso, enseñan, pues, al individuo, de una parte la repercusión de los fenómenos exteriores sobre él, y de otra el sitio que ocupa él mismo en medio de los elementos que conoce. El individuo recibe estas informaciones á cada instante, y está al corriente en cada momento de las particularidades que interesan á la conservación de su vida y de las cuales *saca partido*.

Henos aquí llegados ya á hablar del ser vivo en lenguaje individualista. Acabamos de decir que el individuo es algo que varía á cada instante, y, sin embargo, nos vemos obligados fatalmente á hablar de él como de una entidad invariable; decimos que «saca partido de lo que sabe», aunque sabemos perfectamente que el pronombre personal *él* representa en cada momento cosas diferentes. Pero desde el instante en que hablamos de la «conservación de la vida» y de lo que «interesa á la conservación de la vida», es preciso que *conservemos* la misma denominación individual que *se conserva*. Á partir de este momento, el lenguaje analítico se hace imposible. Las palabras «interés», «conservación», etc., no tienen sentido más que en la lengua sintética que emplean los hombres para hablar de sí mismos. Es preciso, sin embargo, que intentemos señalar, después de haber estudiado al individuo como «una porción del espacio en la cual ocurre algo», que podamos hablar de él como si fuera en su conjunto un agente único que tomase determinaciones y las realizara. (Nuestro len-

guaje no será, de todos modos, absolutamente correcto porque estaremos obligados, para expresarnos, á olvidar voluntariamente que somos individuos variables á cada instante, y no poderemos expresarnos analíticamente sino hablando de seres que no seamos nosotros sin preguntarnos cómo les observamos.)

En cualquiera de las descripciones sucesivas que constituyen á cada instante la conciencia, el yo de un individuo dado, entran en línea la *mayor parte* de los elementos que intervendrán, en el momento sucesivo, en la *determinación* de la actividad total de un individuo. Si no se introduce ningún factor desconocido, la conciencia individual contiene, pues, todos los elementos necesarios á la *previsión* de lo que va á ocurrir; pero esta misma previsión se convierte en un factor, merced á la *experiencia* acumulada en la memoria, y el valor de este factor de acción es más ó menos grande según los individuos. Romanes ha llamado «inteligencia» á la facultad de sacar partido de la experiencia; se debe distinguir la experiencia individual del resultado hereditario de la experiencia de los antepasados; este último factor es el que se llama lógica.

#### § 25.—La experiencia.

Conviene detenerse un instante en el estudio de lo que debe llamarse experiencia. Hay que comprender bajo esta apelación el recuerdo de

las observaciones individuales, de comprobaciones del orden de ésta: en tal estado de mi yo, en tal estado del mundo ambiente, ha ocurrido tal fenómeno.

El primer resultado adquirido, y el más general, tanto de la experiencia individual como de la originaria, es la noción del *determinismo* universal, que se expresa de este modo: si á tal estado de un conjunto completo de factores ha sucedido una vez tal fenómeno, el mismo fenómeno resultará de nuevo del mismo estado del mismo conjunto completo de factores. Es inútil perderse en consideraciones metafísicas sobre la *naturaleza* del determinismo; todo lo que podemos hacer es su comprobación, y sin ésta nada podríamos; ella es la que da valor á la experiencia.

La experiencia individual no es una experiencia cualquiera; está formada de las nociones que ha podido recoger el individuo, tanto sobre su estado personal como sobre el estado actual del mundo ambiente. Las nociones que ha recogido acerca de su individuo, no son de orden anatómico ni histológico; están expresadas en el lenguaje especial de la conciencia individual, y tienen por carácter particular que el individuo puede utilizarlas para la previsión de lo que *hará*. Las nociones que ha recogido sobre el mundo exterior resultan únicamente de la influencia que han tenido sobre sus actos los fenómenos ambientes; todo lo que conoce lo conoce, pues, *con relación á sí mismo, á su propia naturaleza;*

la experiencia de cada cual depende de su naturaleza; hay una experiencia humana, una experiencia de saltamonte, una experiencia de gusano de tierra; nuestra experiencia está á nuestra altura, á nuestra escala; no conocemos del mundo sino lo que en el mundo nos interesa é influye sobre nuestra actividad; el egoísmo es fatal.

Los animales superiores que hoy conocemos realizan á cada paso actos maravillosos de precisión, comportándose, en las condiciones más variadas, precisamente como es necesario para la conservación de su vida, y esto ha parecido incomprendible antes de la teoría de la evolución, hasta el punto de que se ha calcado sobre el modelo de los más admirables de estos animales, y del hombre en particular, la existencia de entidades superiores capaces de adaptar los medios al fin y de comunicar á los diversos seres vivos una parte más ó menos considerable de sus prodigiosas cualidades.

La teoría de la evolución ha permitido renunciar á esas entidades creadoras y directoras y comprender la adaptación progresiva de los mecanismos animados. Esta adaptación progresiva es el resultado de la experiencia originaria; para referirla sería inútil y difícil emplear el lenguaje analítico; es más fácil al hombre emplear el lenguaje sintético é individual, que es el lenguaje humano; pero no hay que olvidar que éste es un lenguaje cómodo únicamente á causa de nuestra naturaleza animal; hay que recordar constante-

mente la posibilidad de referir, con trabajo, es verdad, en lenguaje analítico y personal, operaciones tales como éstas: *yo compruebo* que tal cosa es, ó *yo sé* que en estas condiciones *debo* obrar de tal manera: *ejecuto*, pues, esto con tal *fin*. La noción del objetivo que se quiere lograr es la expresión más completa de la experiencia de los antepasados; para llegar al finalismo (1) ha sido preciso que los seres vivos se penetren, durante muchas generaciones, de la existencia de un determinismo universal, del cual el actual finalismo parece ser justamente la negación absoluta. Emplearemos en adelante, cuando sea preciso, el lenguaje sintético ó individual.

---

(1) El determinismo excluye, naturalmente, la libertad absoluta; pero es erróneo pretender que la negación de la libertad absoluta conduzca al fatalismo; por el contrario, de todos los cuerpos de la Naturaleza, sólo el ser vivo, por el conocimiento que tiene de sí mismo y del medio ambiente, puede explotar el determinismo, y esta explotación del determinismo es, en los límites en que conocemos los elementos de la determinación del porvenir próximo, lo que constituye el finalismo humano. El fatalismo es el error que consiste en considerar al individuo mismo como un factor insignificante de la perpetración de los acontecimientos en los cuales interviene y de los cuales conoce ciertos elementos importantes. (Véase la discusión de este punto en *Le Conflit*, págs. 188 á 200.)

---

## CAPITULO VIII

### EL INSTINTO DE CONSERVACIÓN

---

#### § 26.—De las bacterias al hombre.

Se llama instinto de conservación al conjunto de mecanismos que colaboran en la continuación del estado de vida individual; el sentido de esta expresión varía, pues, notablemente según la especie que se estudie. Si se trata, por ejemplo, de un protozoo ó de una bacteria, el instinto de conservación se resume en muy poca cosa. Para una especie inmóvil hasta se puede declarar que este *instinto* se reduce á la propiedad de asimilación en un medio conveniente, porque si el individuo está inmóvil, no puede hacer nada para escoger su medio: permanece donde el azar le ha colocado; si el medio realiza para él la condición de asimilación, asimila y se multiplica; si el medio le es nocivo, se destruye, á menos que su estructura no sea tal que en ciertos medios nocivos una deshidratación ó cualquier otro fenómeno análogo le proteja contra la destrucción, como sucede algunas veces con aquellas